

Lo que sea de cada quien Volver a Salvatierra

Vicente Leñero

Cuando mi hija Eugenia me dijo que su esposo Jesús Ochoa estaba filmando en Salvatierra una película de Emilio Portes, los recuerdos de aquella población guanajuatense se me alborotaron como luces de Bengala.

En 1951 terminé en el Palacio de Minería mi primer año de la carrera de ingenieros, aunque era obligatorio, para concluir, realizar durante dos meses prácticas de topografía —materia central— en algún proyecto en proceso del país. La mayoría se fue a Apatzingán con Cuauhtémoc Cárdenas, condiscípulo en Ingeniería. Otros se aliaron en pequeños grupos como el nuestro formado por Óscar González, José Luis Bárcenas, Manuel Rodríguez y yo, porque conseguimos de un ingeniero de Recursos Hidráulicos ir a trazar los canales de riego de Yuriria. Nuestra base sería Salvatierra, un pueblucho cercano al río Lerma que sólo tenía templos y más templos coloniales y callejuelas de tierra. Óscar González garantizó que nos hospedaríamos en el curato del padre José María Chávez, ya que el hotel más cercano estaba en Celaya, a una hora en camión. Sin embargo, en cuanto llegamos, el despótico cura se negó a darnos asilo. Lo conseguimos a un par de cuadras de distancia en casa de doña Rosa que alojaba de vez en vez agentes viajeros de la zona. Ahí nos apretamos en una recámara sin ventanas, de paredes descascaradas, más un cuarto de baño que oprimía al excusado con el lavabo y con la regadera de agua fría. Dos meses y días madrugamos a las seis de la mañana, viajando amontonados con los peones que el camión de redilas iba recogiendo en los caseríos, y llegando a los llanos a trazar con tránsito y estatales las líneas imaginarias de uno y otro canal. Por las tardes traducíamos nuestros datos en la oficina de Recursos Hidráulicos; por las tardes-no-



Leñero en Salvatierra

ches jugábamos lotería en un tenderete del parque central o cortejábamos a las hijas del ingeniero que nos hacían ojitos y hasta nos invitaban a oírlos tocar el piano en su casona o a verlas actuar en la parroquia en una obra ingenua sobre María Goretti, recién canonizada.

Al volver a Salvatierra 62 años después —como el protagonista de “El velero”, un bello cuento de Fabio Morábito— el pueblo ya no era el mismo. De pueblo de ciclistas se había convertido en pueblo de motonetas y motocicletas donde sus habitantes seguían viviendo con la vida endeudada aunque deseando ascender a la clase media. No como aquéllos cuyas tragedias copié para escribir *Los albañiles*. Ya no existían las hijas del ingeniero pero sí su casona frente al parque. El caudaloso río Lerma seguía cruzando a las afueras pero con una corriente moribunda y sucia. En vez de los miércoles de cine en un galerón improvisado, ahora se podían ver funciones de segunda corrida en un cine grandotote, feo. En lugar del cuartucho para agentes viajeros de doña Rosa, que nos daba garnachas y pan dulce para comer y cenar, ya se podía elegir habitación en un par de hoteles de dos estrellas. El templo de Nuestra Madre

Santísima de la Luz presumía dos torres, en lugar de una, aunque su población de fieles seguía siendo de mujeres enrebozadas, mustias, suplicantes. La pobreza continuaba igual en éste como en cualquier lugar de nuestro país siempre en crisis, sólo que aquí se disfrazaba con la máscara de la modernidad.

La nostalgia me invadió.

Añoré al estudiante de 18 años que aspiraba convertirse en un ingeniero exitoso digno de enorgullecer a su padre. Trataba de pensar hoy qué pensaba entonces: mientras recorría las calles pavimentadas de Salvatierra, mientras buscaba caminando con Eugenia y Jesús Ochoa y mi nieta Jesusa las ruinas del albergue de doña Rosa en una transversal de la calle Hidalgo; la nevería de las paletas de fresa y de pistache, los canales de riego que trazamos en los sembradíos de Yuriria, los pueblos cercanos y emperifollados los días de fiesta: Uriangato, Moroleón, Yuriria, a los que mi personaje don Jesús acudía para subirse a la rueda de la fortuna con su novia Encarnación o a disparar a las siluetas de metal del tiro al blanco o a jugar a la ruleta como lo hice con mis compañeros estudiantes amenazados por la reprimenda del dueño: “No me jueguen a la dobla, muchachitos”.

Rescaté con la memoria a nuestros peones de topografía: al estadalero que yo espiaba por la lente del nivel fumando allá lejos sus churros de mariguana, al que compartía sus pencas de nopal y sus tortillas de maíz en el almuerzo de las once; al que se enteró, camino del caserío al que nos había invitado para su fiesta, que acababan de matar a su hijito de una pedrada.

Cuando regresé a México, añorante, los fantasmas de la memoria se me volvieron un puñado de palabras: de estas palabras. **U**